

Crónica

Voces Ceibes revisitadas

Vicente ARAGUAS

Se cumplen cuarenta años de *Voces Ceibes*, lo que me da una cierta impresión, tampoco exactamente la certeza, de que ya son años. De manera que será cosa de echarse las coplas a la espalda, o las penas, y decir que no importa nada, que todo ha sido para bien, que cantando se entiende la gente y, sobre todo, que ladran, luego cabalgamos. Y digo esto de los ladridos, que ni siquiera los aullidos ginsbergianos, porque en todo este tiempo, y más señaladamente ahora, ha habido en torno a *Voces Ceibes*, y quienes aún seguimos subidos en su machito, aunque sólo sea desde el punto de vista estrictamente sentimental, un no sé que (que queda balbuciendo, graciañas, Juan Yepes) de envidia mal organizada, tan habitual en el país cainita, que más que producir pena causa risa. Y que, en todo caso, demuestra que *Voces Ceibes* tenía sentido (y sensibilidad). Que luego la cantautoría degenerase en páramo, en cosa árida y yerma, no es culpa de nadie, ni siquiera de la muchachada que ha optado por otros estilos canoros o refrigerios. Tampoco sirve de nada pensar que la culpa fue de la situación política al evolucionar, proporcionando mítines o palestras donde las reivindicaciones pudiesen tener asiento adecuado. Me niego a pensar que la canción aquella no servía para otra cosa que beligerancia, tendencia o protesta. Particularmente, y dentro de aquel grupo de canción que este año cumple cuatro décadas, otra más y nos vamos al medio siglo lo que ya vendría siendo burrada o disparate, fui de los que hicieron temas de amor. Asunto que me está poniendo bajo la férula de Octavio Paz cuando sostenía que “amar es combatir”. Esto está muy bien, y Maná sigue alumbrando semejante premisa, así que fuera con aquellos prejuicios que llamaban “pequeño burguesa” a tal concepción artística. La canción (y el arte en general) pueden y deben ser denuncia, pero también —y sobre todo— vida, maneras de vivir y de querer, modos de revolucionar todo lo revolucionable. Incluyendo, es claro, cuanto nos ayuda a permanecer aquí, a tirar de la vida, o sea, del amor, es decir:

de todo. Y a estas alturas de la película tendría que preguntarme qué ha sido de aquellas *Voces Ceibes*, qué cosas se ha llevado para siempre jamás el viento del olvido, cuáles han quedado aquí para ilustrar ese tiempo que con nosotros va y viene, desde la historia, o —simplemente— desde ese caudal de anécdotas que terminan haciéndose leyendas. De estas últimas han quedado unas cuentas. De lo que es aportación a la historia (al menos a la intrahistoria) también un poco. *Voces Ceibes*, como grupo o colectivo, cumplió un papel cívico, también artístico, para dar expresión pública a anhelos que de otro modo no hubieron saltado al aire (como epigramas, dardos o flechas en el azul). Canción epigramática, se me ocurre ahora, y no me parece mal modo de enunciar algo de lo que hacíamos. También con la ayuda del gran “letrista” de *Voces Ceibes* que fue Celso Emilio Ferreiro. Y digo Celso y digo todo, consciente de que yo, al contrario que mis conmitones, eché mano de textos de mi mano, como quien coge cerezas en árbol propio. Y la única vez que musiqué a Ferreiro —Goethe— fueron unos paisanos de José Afonso y me robaron la cartera (y Miro Casabella no me dejará mentir). Pero de Celso Emilio, de quien fui amigo, en Delicias, en Juan Bravo, en Sargadelos, en el Ateneo, en el Gijón, sólo puedo hablar maravillas. Así de maravilloso era el sujeto. Aparte de la incursión ferreirana, y de ser un estado de ánimo propiamente dicho (como el paisaje de Amiel), creo que *Voces Ceibes* fue un punto de inflexión necesario entre la canción folclórica y la popular. También un empuje al idioma, todavía a remolque de quienes lo detentaban y aquellos que no se atrevían a semejante posesión. Finalmente *Voces Ceibes* ocupó, ya se dijo, un papel exorcizador e incluso sucedáneo de otras maneras expresivas que habrían de venir con la democracia. Con ella, y tras un canto del cisne, opulento e incluso exquisito, vino la demolición. Pero tampoco exactamente. Porque ahí estamos y seguimos, como la primera vez. O así es como yo lo veo. Y describo.